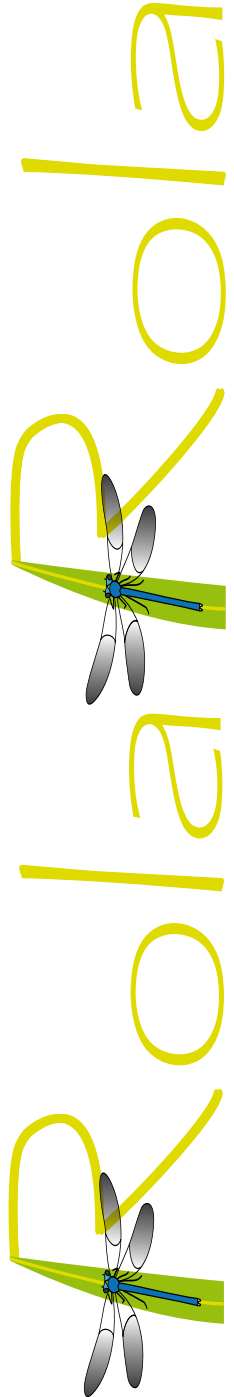


EDITORIAL

"Una herpetóloga observando libélulas"

A lo largo de mi carrera me he especializado en el estudio de los anfibios y, en particular, en el papel que ocupan sus larvas en los ecosistemas acuáticos. Durante todos estos años, los odonatos han estado siempre a mi alrededor, pero yo no me había percatado de su importancia hasta hace poco, al profundizar en la ecología de los medios acuáticos y detectar la importancia que tiene la diversificación de estos hábitats en la conservación de la riqueza de sus comunidades.

Los anfibios y las libélulas tienen muchas cosas en común. En ambos grupos, los adultos viven fuera del agua, aunque algunos anfibios mantienen hábitos acuáticos durante toda su vida. Sobre todo coinciden en la dependencia que tienen del medio acuático para reproducirse con éxito. Ambos grupos depositan sus huevos en el agua, donde se desarrollan sus larvas hasta completar su metamorfosis. Por ello, la existencia de medios acuáticos adecuados para su reproducción es esencial para garantizar su conservación. Precisamente por esta dependencia del agua, podríamos pensar que ambos grupos son buenos indicadores sobre el estado de conservación de los medios acuáticos, pues un área con alta riqueza de anfibios y odonatos revela la existencia de un alto número de cuerpos de agua, que permiten que las especies de ambas comunidades puedan reproducirse.



Comparando el grado de efectividad de ambos grupos como indicadores de la calidad del medio, reconozco que las libélulas ocupan la posición más alta. Después de 30 años trabajando en un área como Doñana, los anfibios me han demostrado que son enormemente flexibles en cuanto a su capacidad de reproducirse en distintos tipos de lagunas, fluctuando ampliamente la fenología, densidad y abundancia de las especies entre años, en función de que las lluvias formen mayor o menor número de lagunas y de cuántos meses se mantengan inundadas. Esta gran facilidad de adaptar su periodo larvario a las posibilidades que le plantean cada año las lagunas, junto con el hecho de que solo hay 11 especies de anfibios en Doñana, hacen que no hayamos sido capaces de detectar con ellos tendencias sobre el estado de conservación de los medios acuáticos. Por el contrario, las 42 especies de libélulas citadas en Doñana han mostrado cambios importantes a lo largo de las últimas décadas, revelando el deterioro de algunos de sus característicos hábitats de reproducción, acorde con las tendencias observadas en otros estudios. Durante los últimos siete años, he dedicado gran parte de mi atención a las libélulas, y me han descubierto un mundo. Observándolas, he podido comprobar el mal estado que alcanzan las grandes lagunas de Doñana en verano, pues si no fuera por ellas, poco habría yo visitado las lagunas en la estación más seca del año. Además del interés faunístico que presentan, la composición de sus comunidades, su ecología, su comportamiento, sus complejas estrategias sexuales y, como en los anfibios, su fenología acoplada a la variable duración de las lagunas o cuerpos de agua en que se reproducen, han atraído totalmente mi atención. Cada año he observado cosas diferentes, especies raras que en Doñana se hacen abundantes, especies que unos años son las predominantes y se hacen escasas en otros años, especies que solo encuentras en determinados puntos, especies que no había llegado a observar antes...

En general, su estudio muestra un dinamismo constante que refleja los impredecibles cambios a los que están sometidos los ecosistemas mediterráneos y, en particular, sus medios acuáticos. Observar los cambios que sufre una comunidad de libélulas nos ofrece una herramienta privilegiada para vigilar el estado de conservación de los ecosistemas y de sus medios acuáticos. En este caso, en Doñana, las libélulas han servido para indicar qué tipos de cuerpos de agua son los predominantes en los últimos años: si la marisma se inundó, si las lagunas temporales fueron abundantes, si su periodo de inundación fue corto o largo, si todavía quedan lagunas que permanecen con agua todo el año, etc. Si en el pasado se habían llegado a observar 42 especies, en los últimos años como máximo se han observado 26. Usemos esta herramienta como advertencia de que estos ecosistemas están perdiendo diversidad, e interpretemos también sus cambios en abundancia para determinar cuáles son los medios acuáticos más vulnerables y dónde es más urgente aplicar medidas de conservación.

Aunque llevo siete años contándolas, no soy experta en libélulas, pero considero que tienen un papel muy importante, no solo dentro de la red trófica de los medios acuáticos, sino especialmente como reflejo del estado de conservación de las áreas en las que las encontramos. La publicación de artículos como los de este boletín, con libre acceso para todos, resultan de gran interés, aportando interesantes datos, tanto pasados como actuales, sobre la distribución de determinadas especies, y proporcionando además un interesante lugar donde concentrar datos y observaciones que están resultando de gran utilidad a los observadores de libélulas.

Carmen Díaz-Paniagua
Wetland Ecology
Estación Biológica de Doñana, CSIC